

Horca y cuchillo

Como las explicaciones más sencillas son siempre preferibles en igualdad de condiciones, parece natural pensar que *urkamendi* y *urkabe* significaban en el origen exactamente lo que parecen significar: «monte de la horca» y «madero, viga, poste (*abe*) de la horca», respectivamente. Esto último lo señala ya don Manuel de Lecuona en su reciente libro sobre el Oyarzun antiguo.

Que horcas y verdugos estuvieron muy lejos de ser una rareza entre nosotros lo demuestran, entre muchas otras cosas, los abundantes refranes antiguos que de ellos hacen mención, como aquel tan desengañado que dice: *Igazko lapurrok, aurtengoan urkatzalla* «Ladrones de antaño, verdugos de los de hogaño». La cuestión está en saber si las alturas fueron lugar preferido para el establecimiento de estos, si así puede decirse, instrumentos.

Hay buena constancia de ello por lo menos en un caso. Como puede verse en la excelente *Historia de Oñate* de mi buen amigo Ignacio Zumalde, la horca local estaba instalada en Jaumendi o Jaumendia, es decir, en el monte del Señor, «en un alto que se parece desde la dicha Villa». Consta además por un documento de Oñate de principios del siglo XVII que la horca no se colocaba nunca dentro de los pueblos, sino en despoblados. En Mondragón había estado en el arrabal, pero fue quitada de allí.

Esta especie de gorro de Gessler, macabra personificación del Señor o al menos de su poder, siempre presente aun en ausencia del Conde, no dejó de conocer algunas vicisitudes, como es bien sabido. Un glorioso día de 1538, el Concejo y vecinos de Oñate, en plena rebeldía, derribaron la afrentosa horca. Pero los partidarios de la abolición de la pena de muerte que lean esto no deben felicitarse demasiado pronto. Los oñatiarras de aquel entonces no pueden ser contados entre sus precursores, porque acto seguido colocaron otra en lugar de la derribada, convencidos sin duda de las ventajas que había de reportar a los ejecutados el ser colgados de la horca del Concejo en vez de serlo como hasta entonces de la del Conde. Bien es verdad que nadie llegó a gozar de esos beneficios, porque no tardó en venir la represión del de Guevara y con ella una nueva sustitución de horcas.

Lo cierto es que nuestros antepasados no hacían demasiados remilgos a las ejecuciones. Es más: estaban convencidos de su valor ejemplar y hasta pedagógico. Lo demuestra la costumbre de que el padre llevara a los hijos a presenciar un ajusticiamiento, que puede verse descrita, por ejemplo, en *Garoa* de Domingo Aguirre. Yo mismo la he oído contar de personas que la conocieron. Y cuando el niño era algo travieso, según me decían, el padre le plantaba una bofetada en el momento culminante, sin duda para que el espectáculo pudiera grabarse más eficazmente en su memoria y le apartara de posibles tentaciones futuras.

Ahora esto nos parecería a todos una práctica bárbara, por no decir algo peor. Hoy mismo habría, sin embargo, quien comprendiera la utilidad de alguna que otra horca en buen estado de conservación, adorno pintoresco del paisaje, como atracción para los turistas amigos de emociones fuertes. Lo malo es que, por estar hechas de materia más deleznable, no han durado tanto como los castillos. Ni siquiera esto sería en realidad un obstáculo imposible de salvar. Bastaría con unas buenas imitaciones, que sin gran dificultad podrían ser más aceptables que algunos de los falsos castillos que se han levantado en nuestro país.

(Continúa en la siguiente página)



A pesar de acogerme a un título tan tremendo y tremendista, no es mi propósito añadir un apéndice a los *Apuntes para una historia del garrote* de Cela. Y no es que no pueda agregar alguna cosita, basada en una experiencia mucho más directa de la que probablemente posee don Camilo José. Pero por diferentes razones valdrá más dejarla para mis memorias, si es que algún día llego a escribirlas.

Lo que pasa es que acabo de leer en una publicación renteriana por la que siento la mayor simpatía, el *Boletín del Grupo de Montaña «Urdaburu»*, —hace ya años que me conformo con participar en espíritu en las hazañas de nuestros intrépidos montañeros— una página impregnada de horror medieval, titulada «Hurcamendi» y firmada por Bidazti. Esa página de literatura negra, como dicen ahora, sigue por cierto a unos utilísimos consejos para evitar los rayos, con los que procuraré consolarme en la próxima tormenta.

Nos dice Bidazti, una vez relatado el trágico fin del vizcaíno Iranzu, ladrón sacrilego de la Virgen de Iciar: «Desde entonces existe un Hurcamendi en la orografía vasca.» Esto necesita una precisión, porque la verdad es que, con leyenda o sin leyenda, hay otros lugares así llamados en nuestro país, además del de Iciar, que ilustró con su prosa don Juan Venancio Araquistain, autor tan leído en su tiempo como olvidado —y no sin alguna razón— en el nuestro.

A mi lista, estoy seguro, le faltará mucho para ser completa. De todos modos, bien cerca de aquí hay un monte Urkamendi en Cizúrquil y se llama también así un término del ayuntamiento de Barrundia, en Alava. Hay otro monte de ese nombre en Ostabat, en vasco Izura, en la Baja Navarra, según veo en un artículo publicado en *Gure Herria* de Bayona en 1956. Con una pequeña variación, Urkemendi aparece como nombre de montes y términos de Ondárroa, Murélagua, Miravalles (Vizcaya) y Asiain, en la cendea de Olza (Navarra).

Esto no extrañará demasiado si se recuerda que *urkamendi* es uno de los dos nombres vascos, el que predomina en toda la parte occidental del país, para decir «horca, lugar de ejecución, patíbulo», como consignó ya en 1653 el bilbaíno Rafael de Micoleta. El otro es *urkabe*, que sin más nos trae a la memoria el monte Urkabe que domina el barrio de Elizalde del vecino valle de Oyarzun. El monte tiene hasta leyenda. Si hemos de creer a Pedro Manuel de Soraluze, era ahí «donde, según la tradición popular, los romanos solían ahorcar o crucificar en su cima a los prisioneros éuskaros o a los que se desmandaban de entre los numerosos esclavos extranjeros que trabajaban en las minas de las cercanías», que eran conducidos a la última pena «por la empinada calzada, *eriotz-estrata*, que desde el pueblo va a la cima». Lo malo con Soraluze es que no establecía una separación muy precisa entre realidades y fantasías, por lo que es difícil saber si oyó o inventó la leyenda de Urkabe.



Acuarelas descoloridas

Entristece de veras constatar cómo cambia en el transcurso de bien poco tiempo, después de todo, la fisonomía de aquellos no apartados rincones, sino de más céntricos lugares que fueron escenario de mil correrías infantiles y que se nos hubieran antojado in-
 conmovibles entonces, de haber pasado por nuestra imaginación la idea de su posible mutalidad. Y con la fisonomía, —lo que es aún más duro de aceptar—

incluso el topónimo que los determinaba en el ámbito del pueblo. ¿Quién es hoy capaz en Rentería de situar, por ejemplo, en el plano de la villa, *Atzeko-atia*, cuartel general de nuestras mataperradas de chicos, cincuenta y... años atrás?

Ya, por no existir, ni traza queda de la *erreka* de Pekín, que bañaba sus pies, entre juncos e *iyak*, allí donde el riachuelo describía una graciosa curva, antes de que asomara su sorprendido rostro agreste bajo el puente de la carretera.

¿Saben ustedes que ha existido un puente en la Calle Carretera —después de Viteri— para salvar el regato de Pekín, cuyas aguas corrían luego paralelas al camino real, hasta desembocar en el Oarso, por las marismas de Loitarte? Todo esto, que es de un inmediato ayer, no pueden ni figurárselo muchos de los actuales renterianos.

Las casas de la Calle Magdalena —y las de la Plaza de los Fueros (que aún no se llamaba tal) de por ese lado— tenían huertos que daban a *Atzeko-atia*; y los huertos, además de sus consabidas tapias, estupendos árboles frutales. *Mushikas* y peras fueron nuestros mejores profesores de una gimnasia precursora de la sueca, que nos hizo muy duchos en trepar y escalar por aquellos musgosos y escurridizos paredones.

Conocíamos muy bien dónde la erizada cresta de cristales que coronaba los muros había perdido su eficacia defensivo-ofensiva, así como las *kroshkas* en que poder apoyarnos para subir. Pero, ¡ay!, en el huerto de los árboles más incitantes, ignorábamos desde qué camuflados parapetos se nos iba a disparar, tan pronto levantásemos la cabeza media cuarta por sobre el muro, el confite, como avellana de grande, lanzado por un tiragomas, que con gusto lo hubiera trocado David, por su honda de marras, de haberse conocido tiragomas en su tiempo.

Horca y cuchillo

Peró, aunque hay una Sociedad de Amigos de los Castillos, cosa de buen tono y hasta aristocrática, no existe ninguna, que yo sepa, de Amigos de las Horcas. Si alguna se constituyera, correría el riesgo de no tener más socios que Camilo José de Cela, Bidazti y yo, ya que Araquistain y

La lucha era noble y sin ventajas por parte del Rubillo: arma apropiada a nuestra condición de críos o de pájaros rapaces. Pero el Rubillo poseía una experiencia que a nosotros nos faltaba, lograda tras la experiencia de la vida. Porque el rubillo había dejado de ser chico hacía años, muchísimos años ya, en su Elorrio natal. Y donde ponía el ojo, ponía la piedra. De joven había aprendido su oficio de confitero en Madrid, nada menos que con el famoso Martinho; y su tienda exhibía el flamante diploma de «Proveedor de la Real Casa». ¡Toda una institución!

El Rubillo, gordo y chaparro, además de su genio rechinado poseía una debilidad, que nuestras indiscretas ascensiones chafaban de todas todas. Por eso el disparar de su tiragomas, no por las peras ni las *mushikas*. Era un chillado de los ruiseñores. Por oírlos cantar, en aquellos altos chopos que bordeaban la vía del tren, desde la negra chimenea metálica de la Papelera, hasta el barracón de la estación, a la vera de la carretera —no existía entonces el barrio de las Casas Nuevas—, se tomaba la pena de levantarse a diario, allá para las cuatro de la madrugada, sin curarse ni poco ni mucho de que le confundieran los carabineros con alguno de los muchos paqueteros lezotarras, que entraban alijo en el pueblo, previo ingenuo apagón de los faroles de petróleo que jalonaban su itinerario.

Tan a lo hondo de su alma llegaban los melífluos gorjeos de los ruiseñores, que dio en querer domesticarlos. Sabido es lo fieras que estas aves son para dejarse reducir y lo difícil que resulta su alimentación. Ignoro cómo se hizo con ellas y de qué manera se las arreglaba —el buen confitero— para domesticarlas; lo que sí sé es el régimen dietético a que las sometió, puesto que en la tejavana del huerto de *Atzeko-atia*, le vi más de una vez manipular —¡toda una faena!— en un trasunto de obrador que se había improvisado, con *chichares* y cucarachas machacadas —que a la hora de la siesta solía llevar en un bote de pimientos— y a saber qué componentes más, una pringosa pasta, que se le escurría por entre sus amocillados dedos, igualito que cuando amasaba hojaldre o embutía yema en las anguilas de Navidad.

Desde entonces, perdieron para mí muchos puntos estas golosinas, y sólo de mayor llegué a calibrar el corazón del buen anciano, cuyo *guisai-char* no llegaban a edulcorar los almibares de su trastienda. Sólo contaba para él el canto de los ruiseñores.

Y esto es casi tan estupendo como haber conocido a Bécquer.

V. COBREROS URANGA

demás entusiastas de las leyendas medievales fallecieron hace ya muchos años. Y, sin embargo, si alguna vez Jaumendi ha podido ser el equivalente exacto de Urkamendi, lo uno no deja de tener bastante relación con lo otro.

LUIS MICHELENA